

El Caribe como tumba silenciosa

The Caribbean as a Quiet Tomb

Milton Hernán Bentancor*
Universidade de Caxias do Sul - UCS

307

RESUMEN: El último libro de cuentos publicado por el colombiano Carlos Franco, "Cazando luciérnagas y otros cuentos", por el que ganó el Premio nacional de literatura 2012 en su país, presenta una serie de paisajes del Caribe colombiano que marcan, con melancolía, ritmo cinematográfico y un toque de ternura por sus personajes, las producciones, los momentos y las historias narradas. En este artículo estudiaremos qué elementos el autor utiliza para llevarnos -lectores de todas las latitudes; en nuestro caso específico, del Río de la Plata- hasta la orilla de este paraíso, imaginado musical, vivo y colorido; y de qué manera lo representa; sorprendiéndonos al colocarnos de frente a una gigantesca tumba.

PALABRAS-LLAVE: Literatura hispanoamericana. Caribe colombiano. Literatura siglo XXI.

ABSTRACT: The last book of stories published by the Colombian Carlos Franco, "Chasing fireflies and other stories", for which he won the National Literature Prize 2012 in his country, presents a series of landscapes of the Colombian Caribbean that mark, with melancholy, cinematic rhythm and a touch of tenderness for his characters, productions, moments and stories told. In this article we will study what elements the author uses to take -Readers of all latitudes; in our specific case, the Rio de la Plata to the edge of this paradise, musical, vivid and colorful imagined; and how it represents; surprising to place ourselves in front of a giant tomb.

KEYWORDS: Spanish American Literature. Colombian Caribbean. Literature XXI Century.

* Doutor em Letras pela Universidad del Salvador - USAL.

Otro Caribe, más allá del realismo mágico

Cada uno habla de la realidad desde la óptica que consigue tener, el famoso punto de vista. En el caso de la literatura, cada uno lee el cada texto -si fuera el caso, el mismo- desde un lugar, desde un punto de vista, el del lector. Esa marca tan específica que nos diferencia por lecturas previas, historias, imágenes, ideas y preconcepciones que nos acompañan en el momento de abrir la primera página del libro.

Nací en Buenos Aires, viví en Uruguay (cerca de Montevideo) y pasé muchos años en el sur de Brasil. La playa es un paisaje conocido, repetido y -muchas veces- con viento frío y aguas marrones heladas, recorrido en los veranos sureños, soñando con otros espacios más cálidos, azules y paradisíacos. Quizás por eso, decir “Caribe” (aunque no lo conozcamos) es pensar en playas perfectas, arenas blanquísimas, aguas cristalinas y tibias, alegría al lado del mar, colores, música y calor. Quizás la mejor síntesis para esas ideas sería la palabra vida.

308

La colección de narraciones breves que Carlos Franco presenta en su libro “Cazando luciérnagas y otros cuentos” nos pasea por diferentes paisajes de Colombia, país caribeño cuando lo miramos desde el sur del mundo. Dentro de ese mapa, viajaremos -no sin cierta sorpresa- desde el “medio de la nada” en el cuento que le da nombre a la colección, hasta la orilla del mar vista desde el faro de Santa Marta, en *Es mejor que firmes por él*, con la intención de descubrir la fiesta, el color, la música y la vida que el Caribe regala. Mejor, que imaginamos que el Caribe regala.

De todos modos, el primer elemento que llama la atención en la producción del escritor nacido en Bogotá en 1974 es lo distante que está la imagen del Caribe que nos presenta si la comparamos con la que el Nobel colombiano presentaba en 1967 en su famoso “Cien años de soledad”. Más allá del realismo mágico,

mientras García Márquez nos internaba unívocamente en su Macondo -aunque lo haga diversas veces y en sus diferentes libros- Franco nos pasea por diversas regiones de su país. Espacios reales. Distancias concretas. Rutas definidas y posibles de recorrer (en Google Maps o en auto). El espacio que el cuentista presenta y muestra es mucho más específico y tangible que el que nos proponía el autor de “El coronel no tiene quien le escriba”. Franco dejará Macondo en el recuerdo y elegirá pasearse -sin espíritu fundacional ni idea semejante- por las iluminadas y señalizadas calles de asfalto de Medellín, Barranquilla o Bogotá.

Los pequeños milagros (o no tan pequeños, o no tan milagros) se desdibujan en una realidad mucho más palpable, más concreta, más cerca de la basura de una familia que de mariposas volando alrededor del personaje. Quizás el calor pegajoso del pueblo de Santiago Nasar se lo pueda sentir en algunas de las narraciones de Franco, pero en ningún caso será el elemento dominante ni el que marque la narración, tal como lo proponía García Márquez.

Este acercamiento a la realidad tangible, que los rodea en su día a día, es una marca que se observa en los escritos de los “hijos” y los “nietos” del Boom. Apenas como ejemplo recordamos al peruano Jeremías Gamboa, hijo literario dilecto del Nobel de aquel país, que en sus textos pasea por la misma Lima representada por Vargas Llosa pero con una relación con lo concreto de la ciudad infinitamente más estrecha. No afirmamos que los símbolos perdieron ni espacio ni fuerza, pero estos escritores del siglo XXI se alejan de aquellas imágenes y aquellas líneas de pensamiento tan naturales en los años 60 y 70 del siglo pasado y se acercan -sin demasiadas metáforas- a los elementos materiales y perceptibles que los rodean.

Como observa Gioconda Belli (2005) en el prólogo de la colección “Retrato de poeta con joven errante”, hablando específicamente de los jóvenes poetas

nicaragüenses del siglo XXI, pero entendiendo que esta opinión se podría generalizar para los nuevos escritores hispanoamericanos:

el impulso de esta generación, que yo llamaría la Generación del Desasosiego, es el de salirse de ese entorno podrido donde su cabeza juvenil no encuentra ni reposo, ni propósito, ni guía, y emprender el viaje interior, ya sea hacia la desilusión o hacia la aparente fatalidad de la condición humana.

En la cadencia del cine

Otra característica de la narrativa latinoamericana de este siglo XXI es el ritmo cinematográfico. Quizás cumpliendo una parte de la profecía de Hauser en relación a la importancia que tendría el cine como expresión artística y cultural durante el siglo XX, hoy mucho del material publicado termina siendo adaptado para el séptimo arte. Si en el caso de la argentina Samanta Schweblin (ganadora del premio Juan Rulfo, 2012 y del Tigre Juan, 2015) se lo puede entender por su formación académica en el área de Imagen y sonido de la Universidad de Buenos Aires, en el caso del colombiano se lo podría observar como una veta natural de este egresado del programa de Cine de la Corporación Universitaria Unitec, donde hasta hoy trabaja como profesor, y por su labor como guionista, que se lo puede disfrutar en varias de las películas producidas en su tierra natal en los últimos años: “Cazando luciérnagas” (2013), “Edificio Royal” (2013), “El faro” (2014), “Vivo en el limbo” (2015) y “Ruido rosa” (2015).

Si estos dos casos podrían ser analizados desde la óptica de la formación universitaria de los artistas, hay muchos otros que con carreras absolutamente alejadas del mundo cinematográfico, presentan la misma particularidad. Como ejemplo podríamos mostrar varios textos de diversos escritores, pero elegimos -apenas como muestra- el cuento titulado “Dolor profundo”, del nicaragüense Ulises Juárez Polanco en el que hasta en su presentación formal se puede

observar esa tendencia a la escenificación, con cuadros que nos remiten al lenguaje televisivo o cinematográfico.

En el caso específico del libro que estamos comentando, el cuento que le da nombre a la colección (“Cazando luciérnagas”) fue adaptado y llevado al cine, presentado con el mismo título en las pantallas y premiado por los jurados de los festivales de Chicago, de Roma y de Gramado (Brasil), en el que ganó cuatro de los seis trofeos disputados: mejor fotografía, mejor director, mejor actriz y mejor guion.

Tal como señala Ríos (2013) en su reseña:

Un paisaje soñado, una naturaleza imponente, un clima cambiante pero aun así, un espacio apacible. Un hombre solitario, una perra que aparece y una adolescente que hace lo mismo, son todos los protagonistas de esta película colombiana, minimalista, de gran belleza estética, con una historia sólida de reconciliación y con cierta ingenuidad que cautiva.

311

No nos puede sorprender esta tendencia de escribir cuentos con ritmo, con cadencia de cine (escenas cortas, aparentemente inconexas entre ellas, historias cruzadas, etc.) si entendemos que lo que llamamos “Cultura MTV” inundó no solo las pantallas de las televisiones de los adolescentes y jóvenes de los años 80 - 90 sino toda la cultura audiovisual desde aquellos años. Llama la atención -incluso en los días de hoy- una película o un texto que siga los parámetros estéticos anteriores a esta revolución propuesta por el canal de música norteamericano en los padrones de comunicación y belleza. Quizás en la cultura cinematográfica brasileña, usándola como ejemplo de lo acontecido en toda América Latina, podríamos señalar la famosa “Cidade de Deus” [Ciudad de Dios], de Fernando Meirelles (2002) como un marco cultural de esta transformación. El cine deja de narrar con ritmo de descripción literaria, deja de contar -apenas- una historia para mostrar -en forma entrecortada y rápida,

con la velocidad de un video clip- toda la información que le interesa ofrecer al receptor.

Leyendo el Caribe. ¿Leyendo el Caribe?

La colección de trece cuentos se abre con el título *Años de experiencia* en el que se narra, lejos del Caribe y en el silencio del cementerio, recortado por murmullos que quieren ser oraciones, la realidad de un trabajador desempleado que recurre a la leyenda urbana del pedido realizado, en forma de rezo y ofrenda de flores, al pie de una tumba del cementerio Central de Bogotá para conseguir trabajo. El santo (o milagrero) popular es Leo Kopp, un alemán que llegó a Colombia y no solamente fundó la cervecería Bavaria (una de las más grandes del continente) sino que en épocas difíciles, construyó - como es mencionado en la narración de Franco- un barrio para sus empleados: “La Perseverancia”, con agua potable y energía eléctrica en cada una de las viviendas (RIVEROS, Javier, 2013).

312

Dice la tradición que hay que hacerle un pedido a la vez, siempre en el oído izquierdo. El personaje pide trabajo. El milagrero no le cumple el pedido a aquel (casi) creyente.

Llama la atención que el primer escenario propuesto por Franco sea un cementerio, quizás un anuncio de lo que serán el resto de las narraciones. La música, el color y la vida que suponíamos en el Caribe, se metamorfosean en el silencio, tonos grises y muerte.

El Caribe tampoco aparecerá en la segunda narración - *Moderadamente bueno* -, que podría ambientarse en cualquier espacio, de cualquier país. El destino de burlas y golpes al que Pedro Mejía estaba marcado, se deshace una noche de verano, en la carpa compartida con sus torturadores adolescentes, a quienes

les miente sobre un padre violento, una madre castigada y un sufrimiento inexistente. La lágrima final que corre por la mejilla del pequeño mentiroso muestra la lucha de sentimientos, típicamente adolescente, entre el espacio de los padres y la simpatía del grupo de compañeros-opresores.

Aunque la reunión de amigos (¿?) es en un hipotético clima de fiesta, dentro de una carpa con adolescentes, llama la atención la ausencia de música en el cuento; una de las marcas registradas del pueblo colombiano y de la imagen del Caribe que creamos mentalmente.

El Caribe como tumba

El Caribe entra en escena en el tercer cuento, *Mucho por hacer*. Es un Caribe silencioso, triste, mortuario. El Caribe se hace tumba.

La perra muerta por la asfixia provocada por el gas que escapó de una cocina que quedó olvidada y sin apagar después del café de la tarde de una señora mayor que trabaja limpiando la casa de una profesora, será la víctima mortal que terminará enterrada, dentro de una bolsa negra, cerca de los acantilados de Santa Marta. El lugar paradisíaco gana contornos lúgubres, que lo modifican - esencialmente - para siempre.

“El mar que hoy está más azul que nunca” (FRANCO, 2013, p. 30) es el increíblemente bonito telón de fondo para los recuerdos de la profesora que narra su primer día sin la mascota que la acompañó durante los últimos años. Día que comenzó, como siempre, porque ella dirá:

salimos a correr por la playa como de costumbre. Le tiré varias veces un palito de madera, como suelo hacerlo, y ella, ágil y veloz, saltó al agua una y otra vez para traérmelo entre los dientes. Después de

hacer nuestro recorrido habitual hasta el final de la bahía, volvimos a casa (FRANCO, 2013, p. 30).

Aunque el comienzo fue igual, el final fue diferente, bien diferente. La señora Ramona se olvidó del gas abierto luego de un día de actividades en el apartamento de la dueña de la voz narrativa, que vive en “una vieja construcción de cinco pisos incrustada prácticamente en la playa, frente al mar” (FRANCO, 2013, p. 30).

Nuevamente el mar presente en la narración. Nuevamente el Caribe presente en la palabra pero no en el espíritu, según lo que nosotros - rioplatenses acostumbrados a una visión alegre y positiva de aquel espacio tropical - tenemos. No hay música, no hay fiesta, no hay baile. Encontramos silencio y nostalgia en la mirada que se pierde en el azul infinito. Descubrimos tristeza y pesar en cada cigarrillo encendido y fumado frente al ventanal que pinta el horizonte con el azul del mar. Observamos que el Caribe es espacio de escape mental para no decirle a la señora Ramona aquello que la voz narrativa siente que debería ser dicho. “No lo soporto. Dejo de mirarla, me giro y miro hacia el mar” (FRANCO, 2013, p. 31).

El cuento termina en la playa del Caribe. “Camino por la playa hasta el sitio donde el día anterior Osvaldo y su hijo enterraron a Gaviota. El ir y venir de las olas ha borrado la huella del lugar exacto. Levanto mi mirada al cielo y diviso un buitre que me sobrevuela sin esfuerzo” (FRANCO, 2013, p. 32). El Caribe hecho una enorme tumba sin límites, sin marcas, sin identificaciones. El primer Caribe de Franco en su colección de cuentos es la contracara de la idea festiva, musical, colorida y llena de vida que desde el sur del mundo nos imaginamos.

El Caribe con otra música

El siguiente cuento nos lleva otra vez a la ciudad capital de Colombia. Bogotá es el escenario elegido para la historia de Gerardo, su madre, llamada Olga, y Victoria, la pianista que vive -en la parte central del relato- en el apartamento del frente al que ocupan los dos primeros.

El primer contacto con el universo musical, más allá del título, será un piano cargado por un grupo de hombres y pocas líneas después, “las notas se oían lejanas, pero capturaron la atención la anciana”, de quien -dirá Franco- “día a día su salud empeoraba, pero su oído se agudizaba” (FRANCO, 2013, p. 35).

La música será el pasaporte para los recuerdos, nublados por la senilidad de doña Olga, pero que le permitirán volver a los años de la infancia de Adriana, su hija menor. La ejecución de Victoria - que no es la de una principiante - del “Claro de luna”, de Beethoven será el motor de “una atmósfera de paz y tranquilidad hasta quedarse dormida” (FRANCO, 2013, p. 35).

315

También será la música la fuerza que cambie aspectos de la vida y la rutina de la madre y el hijo:

En las mañanas la mujer siempre tocaba para sí misma. Sus conciertos eran espléndidos y llenaban de paz a Olga, quien jamás volvió a protestar por la tardanza de su esposo. Gerardo ya no prendía la televisión, ni le hacía falta el periódico, sino que simplemente abría las ventanas completamente para que entrara la mayor cantidad posible de sonido (FRANCO, 2013, p. 35).

También será la música el tema del primer contacto entre los futuros amantes. Entre el sudor, la vergüenza (casi) adolescente y el encuentro casual en el ascensor del edificio, Gerardo conseguirá decir: “Toca usted muy bonito”.

Naturalmente, también será la música el tema de la primera conversación medianamente personal que tendrán los protagonistas en el apartamento de Gerardo, mientras esperan la llegada del cerrajero que Victoria necesita. La promesa final que la pianista hace: “Trataré de tocar lo más que pueda” (FRANCO, 2013, p. 38).

La relación se irá profundizando al ritmo de las melodías que el piano, ejecutado por Victoria o en su versión pianola, va regalando para tranquilizar a la señora Olga y los momentos de intimidad de la pareja.

Será la música también la que le hará entender a la anciana que se puede morir en cualquier momento, básicamente porque dejó de tenerle miedo.

“- Es la música - dijo ella.
- La música? - preguntó Gerardo.
Ella asintió. - Es la música de los ángeles y Dios me está llamando a través de ella” (FRANCO, 20130, p. 40-41).

Será la música - o la ausencia de ella - lo que marcará el fin de la relación. “El piano no volvió a sonar por las mañanas. Sus teclas sonaban por la tarde, pero nunca tocadas por su dueña” (FRANCO, 2013, p. 43).

Nuevamente estamos lejos del Caribe por más que la mirada desconocedora de un rioplatense típico podría suponer que Bogotá, por ser Colombia, es Caribe. Nuevamente -quizás guiados por el título del cuento- la imaginación nos lleva a prever un cuadro de fiesta, de música, de baile y de color cuando comenzamos a acompañar esta historia de (casi) amor entre los dos vecinos unidos por *La música de los ángeles*. Este cuento, triste y desolador como el final de una relación -no buscada pero disfrutada inmensamente- ganó el Premio nacional de cuento La Cueva, 2011.

Como observamos, la música se hace presente durante toda esta narración, pero no con los típicos ritmos caribeños -salsa, cumbia, merengue- sino que las armonías que nacen del piano que ocupa el centro del apartamento de Victoria, acordes que se acercan a la música clásica que se podría escuchar en la gris Buenos Aires o en la azul Montevideo, según la definición cromática que nos ofrece Borges.

Paralelamente, la pianista y el hijo de doña Olga podrían vivir su historia de amor (¿?) en cualquier lugar del mapa colombiano, en cualquier lugar del mundo; la elección de El Chicó, este barrio particular de la región norte de la capital, nos saca del Caribe -foco de nuestros comentarios- pero no nos lleva a ningún lugar especial, a ningún espacio que se haga necesario, desde cualquier punto de vista, para el desenlace de la narración.

Esta es otra característica de la literatura del siglo XXI. Los espacios que se plantean desde las narraciones podrían ser fácil y naturalmente intercambiados en los diferentes relatos, sin modificar esencialmente la historia. El texto que un autor ambienta en Bogotá, podría ser llevado - sin grandes mudanzas o sin ningún cambio esencial - casi que a cualquier otra ciudad de Colombia o de Latinoamérica. Esa suerte de propuesta borgeana presente en *Pierre Menard, autor del Quijote*, sacándola del universo temático y llevándola al espacio de la narración podría abrir un abanico de lecturas sumamente interesantes.

Esta indefinición espacial será claramente observada en la ubicación geográfica de la historia narrada en el siguiente cuento, *Es mi basura*, pues para un lector no-colombiano (e incluso para algunos lectores “nacionales”) es una incógnita. Los locales mencionados, las calles señaladas, los nombres de los barrios, son reales, concretos y posibles de visitar... si supiéramos a dónde tenemos que ir; pues esas informaciones pueden llevarnos a Barranquilla o a Medellín. Por desconocer los detalles específicos de las ciudades, se nos abren las dos opciones como posibilidades. Si el cuento fuese ubicado en Medellín, el mapa

nos indica que estamos lejos del Caribe; si fuera Barranquilla la ubicación elegida para la narración, estaríamos en el territorio bañado por el mar. ¿Más cerca del Caribe soñado desde el Río de la Plata? No. La historia no se acerca - ni por tema ni por su clima - al Caribe que nos imaginamos desde el sur del mundo. Lo que se cuenta podría acontecer - nuevamente, en principio- en cualquier ciudad de mediano porte de la actualidad latinoamericana, en la que con absoluta normalidad podemos ver a los “carros de balineras” (carro de rodamientos o rule manes) siendo tirados por recicladores que se detienen en cada basurero para examinar y elegir lo que les interesa - económicamente - de cada bolsa allí depositada.

La obsesión de Domingo, el personaje central del relato, por mantener su basura fuera del examen de los recicladores no conoce límites geográficos ni regiones urbanas, puede acontecer en cualquier barrio de la ciudad, de cualquier ciudad de su país, en cualquier país de su continente. La modificación final en la actitud del personaje tampoco es un milagro del Caribe, es la derrota anunciada que se hace realidad.

Más allá de la poca trascendencia que tiene la basura defendida, es importante notar que todos los esfuerzos del personaje central para resguardar - inútilmente - aquellos desechos se hacen nada al final. Como en una lucha épica, el personaje central (¿héroe trágico?) luchará contra un destino implacable que lo vencerá con la fuerza demoledora de una bolsa de basura entregada en las manos de un reciclador anónimo que en un barrio anónimo de la ciudad, apenas esbozará, como marca de la victoria absoluta, un “muchas gracias” final.

El *Kilómetro 98* puede marcar ese punto específico en cualquier carretera del país. No es exclusividad de ninguna región. La trágica historia del encuentro entre el encargado de pintar la estrella negra que marca el lugar de la muerte de una persona en el tránsito con la familia del fallecido, solo está enmarcado

en un clima brumoso de montaña que podría repetirse en diversas regiones del mapa colombiano, generalmente lejos del mar.

Más allá de la indefinición establecida, los comentarios sobre el frío: “La humedad le calaba sus huesos. El aire frío le quemaba la nariz” (FRANCO, 2013, p. 53) nos alejan del Caribe, de la playa, del calor y de todas las ideas que se asocian con aquel espacio tropical.

El otro hecho que llama la atención en este cuento es que es la única narración en la que muerte está presente y la tumba - o su representación- no está en el agua azul, cálida y transparente del Caribe, como acontece en el cuento ya comentado *Mucho por hacer* y en el siguiente: *Lo mejor es que firmes por él*, donde el farol de Santa Marta será el espacio elegido para desarrollar la historia de Calixto, el hijo del guarda faros muerto un fin de semana “mientras le hacía el amor a una joven mulata” (FRANCO, 2013, p. 57), sino que será una tumba de asfalto, perdida entre las montañas de la región central del país y la indiferencia de un joven que pinta la muerte mientras escucha un intrascendente partido de fútbol.

Como detalle - casi - anecdótico, la radio del joven trabajador no estará regalando músicas (como acontece en todos los medios de transporte colectivos bogotanos) sino que será usada para imaginar -a través de la voz del relator- un partido de fútbol.

Quizás como síntesis literaria de este Caribe silencioso y tan poco musical que Franco nos ofrece, podemos usar la frase con la que el autor cierra esta narración: “él guardó silencio el resto del camino” (2013, p. 55), hasta el final del libro.

En la siguiente narración, al igual que en el primer cuento, Franco (nacido en Bogotá) nos lleva al Caribe, en este caso el Morro de Santa Marta. El lugar que

debería ser un paraíso, vuelve a transformarse en tumba, en cementerio con vista al mar. El espacio de la fiesta, de la música, de la alegría constante, rápidamente se tiñe con los colores de la sorpresiva muerte y de la playa de la bahía el lector es llevado a la “única funeraria que había en Santa Marta” (FRANCO, 2013, p. 57).

El autor llevará a su personaje adolescente hasta la ventana de la casa de Sofía, la joven que - en una primera lectura - podría transformarse en la amiga - salvación - alegría de Calixto. El juego de saberes (ella le enseña el televisor, él su conocimiento sobre las banderas del mundo) podría dar lugar a una posible amistad que, en el contexto de la soledad del personaje central, se podría transformar en una relación de amor. Toda esa expectativa se ve truncada pocos párrafos después cuando, primero, “el grito rabioso de una mujer mayor. - Sofía, ¿con quién estás hablando?” (FRANCO, 2013, p. 62) termina abruptamente la conversación. Después, cuando Calixto, por más que “no podía borrar de su mente la imagen de Sofía” (FRANCO, 2013, p. 63) y rema hasta Santa Marta para encontrar “la ventana nuevamente cerrada” (FRANCO, 2013, p. 63).

La conversación será lapidaria: “-¿A dónde se fue? -le preguntó Calixto a una de las empleadas. - Lejos - respondió la mujer” (FRANCO, 2013, p. 63-64). Si existía alguna posibilidad de alegría en el Caribe, al llevarse a Sofía “lejos”, todas las posibilidades se esfuman.

Siendo así, la historia de Calixto, luego de la muerte de su padre, se desarrollará entre el faro, el mar y la ciudad que le da nombre al morro. El paisaje puede ser paradisíaco; la historia, no. En el paraíso Calixto es rechazado por la familia de Sofía, sin conocerlo; es separado de su nueva (casi) amiga, que es llevada “lejos” (FRANCO, 2013, p. 64) y, para completar la soledad y el cuadro de desolación, luego de preguntarle a cada una de las putas de la ciudad si había

estado en el farol, termina frente a frente con la mulata que había sido testigo de la muerte de su padre.

“Volvió al puerto, se montó en su barca y zarpó. En el camino de vuelta al islote de piedra se detuvo para llorar, pero sus lágrimas parecían insignificantes en medio de tanta agua, así que se restregó los ojos con los brazos y siguió remando sin parar” (FRANCO, 2013, p. 65).

El último párrafo del cuento nos coloca en el medio del Caribe, detenidos encima de la inmensidad azul de aquel universo de agua, para llorar “lágrimas [que] parecían insignificantes en medio de tanta agua” (FRANCO, 2013, p. 65). Calixto termina el cuento llorando lágrimas que buscarán su último refugio en aquella tumba líquida; pero que no tienen ni fuerza ni importancia para modificar una realidad mucho mayor y terrible que su gran - pequeña tristeza. Entre los varios detalles interesantes y enriquecedores - desde tantos puntos de vista - llama la atención en este cuento el Caribe silencioso que Franco nos propone. Son olas sin ruido y playas sin sonidos. Cuando Calixto, el adolescente personaje central del relato, llegue a la “otra ciudad completamente distinta, de casas inmensas y espléndidas, estilo californiano, adornadas con hermosos jardines y en cuyo interior solo podía vivir gente feliz” (FRANCO, 2013, p. 61), allí se oirán “los sonidos de un violín”, que servirán como guía para que llegue a la ventana de la casa de Sofía, donde en lugar del esperado tocadiscos encontrará la televisión encendida.

Nuevamente tenemos música en la narración, nuevamente música clásica, ejecutada - en este caso - por un violinista ruso en el teatro Colón de la capital colombiana. Nuevamente podríamos ubicar la situación narrada en cualquier espacio, sin ninguna relación ni geográfica ni conceptual con el Caribe.

Ricardo Piglia propone en su - ya - clásico *Tesis sobre el cuento* (1986) las dos historias paralelas al nivel del relato. Tomando esa idea como base,

proponemos el paralelismo del simbolismo de los espacios. Así como hay una historia de superficie y una historia oculta, entendemos que existe un espacio de simbolismo “superficial” y otro, paralelo al primero, de simbolismo “oculto”. Este último es el que sorprende al lector, así como la historia oculta lo sorprende a nivel de relato. De la misma manera que la típica intriga “juega - pierde - suicidio” planteada por Piglia se rompe con el sorprendente “juega - gana - suicidio”; a nivel de espacio la típica imagen “Caribe - vida - fiesta” Franco la rompe con su propuesta de “Caribe - muerte - tumba”.

¿Es el Caribe?

El siguiente cuento de la colección *-Yo no tengo teléfono-* vuelve a ubicarse en cualquier ciudad de Colombia (o del mundo), que tenga una empresa telefónica, un barrio de anticuarios, un Banco Nacional y un ciudadano - Perea - que no tenga teléfono. Más allá de lo cómico (o no) de la situación planteada en la narración, salvo el primer fragmento del último párrafo del cuento, no hay ninguna indicación que individualice cualquier tipo de espacio. Cualquiera podría ser.

Así como en *Kilómetro 98* el frío nos alejaba del Caribe (soñado), en esta narración leemos: “Me levanté y me puse una camiseta pensando que en algún momento timbrarían para pedirme una firma” (FRANCO, 2013, p. 72), lo que es un comentario absolutamente secundario pero nos podría llevar a pensar en una región más calurosa del país. Nada específico. Apenas la idea de un calor que podría (apenas eso) llevarnos cerca del Caribe, pero que también podría sentirse en (casi) cualquier ciudad.

El número nueve, narra el ascenso laboral del ingeniero Ramírez, aquel “hombre de familia, padre dedicado y buen esposo” (FRANCO, 2013, p. 73) que

dejará el estacionamiento de los empleados comunes de la empresa, que es un lodazal cuando llueve, para ocupar el puesto nueve en el estacionamiento de “las cabezas de la compañía cuyos espacios eran amplios, claramente demarcados y numerados del 1 al 30” (FRANCO, 2013, p. 74).

Algunas informaciones presentes en la narración - como que la Compañía Siderúrgica del Norte sea el espacio de trabajo de los personajes - nos colocan en Barranquilla, la ciudad caribeña. A pesar de esta cercanía geográfica al mar, no estamos en el Caribe imaginado desde el sur del mundo. Es un espacio sin playas, sin color. Es el espacio gris y barroso de una siderúrgica. Es un territorio de desasosiego (para el ingeniero Ramírez), de traición y de lágrimas (para la esposa del ingeniero Ramírez).

La trama de la secretaria que “había perdido el control de sus emociones” (FRANCO, 2013, p. 75) y en lugar de besar al recién ascendido compañero de trabajo en la mejilla, lo besa en los labios. Lo que podría ser el inicio de una aventura amorosa del ingeniero con la secretaria del director es, en realidad, el disparador para que el lector se entere de la relación que el director mantiene con esposa del ingeniero. Del Caribe, nada.

Como ideas finales

El Caribe no pierde su color, pero en las narraciones de Franco se tiñe de un negro simbólico que queda flotando entre las palabras y las descripciones que el narrador nos regala en cada de sus cuentos. Tampoco pierde su ritmo, su música ni sus bailes, pero en los textos del narrador no hay ni siquiera una mención a ese universo festivo.

En cada relato aquel espacio que como rioplatenses juzgábamos paradisíaco, lleno de música, alegría, de color y de vida se va perdiendo entre las líneas y las palabras no el encanto (la descripción del espacio sigue siendo el de un lugar fantásticamente bonito) pero sí desaparecen todos los elementos positivos, que tienden a la vida, que la idea “Caribe” nos representa. La fiesta se hace velorio. La música se llena de silencios.

En esta colección de cuentos, por más que algunos pasean por la playa o por el espacio del mar, por más que otros dejen escuchar música, Franco nos coloca - como lectores - en un mundo gris, casi negro; tan negro como el asfalto donde se pinta una estrella que marca la muerte de un ser humano anónimo, tan gris como la tristeza de la profesora que pierde a su mascota, tan silencioso como un cementerio, tan silente como la tristeza de una pérdida. Un espacio tan infinitamente melancólico como la imagen de un adolescente llorando en una canoa que flota en la inmensidad azul del Caribe colombiano.

Referencias:

BELL, Gioconda. Prólogo. In: RUIZ UDIEL, Francisco (Comp.). *Retrato de poeta con joven errante: muestra de poesía nicaragüense escrita por jóvenes (2000-2005)*. Managua: Leteo, 2005. p. 15.

BORGES, Jorge Luis. *La moneda de hierro*. Buenos Aires: Emecé, 1976.

FRANCO, Carlos. *Cazando luciérnagas y otros cuentos*. Bogotá: Ediciones B, 2013.

PIGLIA, Ricardo. *Tesis sobre el cuento*. Buenos Aires: Anagrama, 1986.

PROIMÁGENES COLOMBIA. *Carlos Franco*. Pantalla 630. 2013. Disponible en: <http://www.proimágenescolombia.com/secciones/cine_colombiano/perfiles/perfil_persona.php?id_perfil=3953>. Acceso el: 15 jun. 2016.

RÍOS, Sandra. Reseña de *Cazando Luciérnagas*, el film colombiano que atrapará al público. 2013. Disponible en: <<http://www.cinevistablog.com/resena-de>

cazando-luciernagas-el-film-colombiano-que-atrapara-al-publico/>. Acesso el: 15 jun. 2016.

RIVEROS, Javier. Leo Kopp, fundador de Bavaria, sigue vivo en el Cementerio Central. Disponible en: <http://caracol.com.co/radio/2013/09/26/entretenimiento/1380218280_980833.html>. Acesso el: 15 jun. 2016.

Recebido em: 12 de setembro de 2016.
Aprovado em: 12 de dezembro de 2016.